

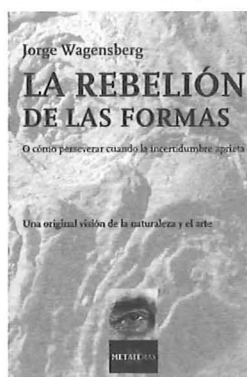
La belleza del darwinismo metafísico

Francisco Javier Aznar

Thomas Mann escribe en su ensayo sobre Schopenhauer: «La alegría que nos produce contemplar un sistema metafísico, el contento que nos proporciona ver organizado (...) el mundo en una construcción mental dotada de unidad lógica y apoyada de modo armonioso en sí misma (...) son siempre de naturaleza eminentemente estética». Los sistemas metafísicos introducen un orden admirable en el caos de la vida, así es que esta percepción estética forma parte indisoluble, no sólo de la filosofía clásica, sino también de la ciencia y el arte. En *La rebelión de las formas*, Jorge Wagensberg hace una arriesgada (y, por ello, estimulante) apuesta filosófica, científica y artística, para, en sus palabras, intentar comprender (hacer inteligible) la realidad basándose en unos pocos principios (quizá sólo uno: la *selección*). El corazón del libro es metafísico: Wagensberg ejerce de filósofo a la antigua usanza y utiliza la idea de selección en el mismo sentido que Platón hablaba de las Ideas, Spinoza del *Conatus* o Schopenhauer de la Voluntad. El resultado es un apasionado edificio metafísico urdido con un prosa persuasiva y hermosa que difícilmente dejará indiferente al lector. Creo que el mayor valor del libro es, como decía Mann, la alegría estética que produce; su valor científico es más cuestionable.

Pero vayamos por partes. El libro de Wagensberg está dividido en dos secciones bien diferenciadas. En la primera, el autor sienta las bases filosóficas para hacer científicamente inteligible la realidad; en la segunda, aplica dichas bases para comprender por qué las for-

mas que aparecen en la Naturaleza y la cultura son las que son. El esquema filosófico de Wagensberg se asienta sobre una profesión de fe inicial: la Naturaleza tiene derecho intrínseco a una dosis de azar. Por ello, las leyes de la Naturaleza no son prescripciones de obligación, sino restricciones sobre lo que es posible que acontezca. La libertad residual que dejan las restricciones permite que pueda existir selección. ¿Qué se selecciona? Individuos (cuya individualidad admite diversos grados).



Jorge Wagensberg,
La rebelión de las formas,
Tusquets Editores,
Barcelona, 2004, 318 págs.

Los individuos siempre *perseveran* por seguir estando en la realidad en una lucha constante contra la incertidumbre. La selección puede operar entonces a tres niveles. La materia inerte lucha contra la incertidumbre mediante su capacidad de resistir, su *estabilidad*; por eso, por ejemplo, algunos elementos son mucho más abundantes que otros en la Naturaleza. La materia viva lucha mediante su capacidad de seguir vivo, su *adaptabilidad*; por eso hallamos asombrosas adaptaciones por doquier. La materia culta lucha mediante su capacidad de conocer, su *anticipación* a la incertidumbre; por eso los humanos acumulamos maravillosas ideas que nos permiten predecir el mundo. Así pues, en palabras de Wagensberg, todo lo real lo es por selección, y la selección sólo puede ser de una combinación de estas tres clases: *fundamental*, *natural* o *cultural*. Globalmente, el despliegue temporal de la selección ha generado necesariamente *progreso*, entendido como la progresiva independencia de los individuos respecto de la incertidumbre circundante. El máximo de la independencia es la anticipación, y éste es el origen del pensamiento abstracto.

Pertrechado con este esquema metafísico-científico, Wagensberg trata de comprender, en la segunda parte de su libro, las formas de la Naturaleza y la cultura a partir de los diferentes tipos de selección. ¿Qué tienen en común, por ejemplo, un canto roda-

do, un huevo de dinosaurio y una antigua bala de artillería? Su forma esférica. La esfera emerge con facilidad (se selecciona) en el mundo inerte porque es especialmente estable en ambientes isótropos y homogéneos; aparece en el mundo vivo como resultado de funciones muy genéricas y extendidas, como ahorrar material, proteger, o ralentizar el intercambio de materia y energía; y aparece en la cultura porque protege, rueda, genera, o simboliza la perfección. Según Wagensberg, *comprender* la esfera, hacerla inteligible, es comprender sus *funciones*, es decir, el modo en que los tres tipos de selección hacen que dicha forma persevere en la realidad. El elenco de formas y funciones presentes en la naturaleza no es excesivamente amplio: además de esferas (que protegen), encontramos hexágonos (que pavimentan), espirales (que empaquetan), hélices (que agarran), ángulos (que penetran), ondas (que comunican), catenarias (que aguantan) y fractales (que colonizan). Wagensberg nos deleita con multitud de ejemplos de cada tipo fundamental de forma en la Naturaleza y en la cultura, y sólo por eso merece la pena leer el libro. Es más, el autor hace una maravillosa incursión final en el terreno de la estética, estableciendo un paralelismo entre la inteligibilidad y la capacidad de captar la belleza que, insisto, no les dejará indiferentes (he de decirles que a mí me emocionó).

Como decía más arriba, creo que el valor científico del libro es más cuestionable. En su intento de comprender la realidad (que, para Wagensberg, es hallar la mínima expresión del máximo común denominador de todas sus expresiones), el autor se ve obligado a efectuar numerosas piruetas conceptuales. Frecuentemente, la idea de selección que maneja Wagensberg casa verdaderamente mal con un concepto biológico *poblacional*. Uno percibe una maraña de sutiles confusiones conceptuales para buscar el ordenado edificio metafísico estéticamente irreprochable. Quizá el error más flagrante es el intento de dotar de valor científico al concepto de pro-

greso en evolución. Wagensberg, por ejemplo, aventura que «una rata está mejor preparada para amortiguar los caprichos del entorno que una lombriz de tierra», o que «una planta es más inteligente que una piedra, un mamífero arcaico más que cualquier reptil, un mamífero moderno más que cualquier mamífero arcaico y un ser humano más que cualquier otro mamífero». Esta implícita recuperación de La Gran Cadena del Ser, y de polvorientos conceptos de evolución progresiva y regresiva, surge, en el esquema metafísico de Wagensberg, de la idea de que la evolución evidencia avances en la capacidad de anticipación a la incertidumbre. Claro que, como reza el dicho, hay muchas formas de despellejar un gato. Personalmente me cuesta entender por qué una lombriz intestinal, que es capaz de producir alrededor de ochenta millones de huevos a lo largo de su vida, anticipa peor la incertidumbre (o es más dependiente de ella) que yo, que me cuesta horrores sacar adelante dos crías (sobre todo en los tiempos que corren), a pesar de todos mis artefactos culturales. A la larga, creo saber quién de los dos, la lombriz o yo, anticipará mejor la incertidumbre.

En mi opinión, el mayor mérito de *La rebelión de las formas* es que presenta un esquema lúcido, hermoso y filosóficamente coherente, que es deudor implícito o explícito de diversas fuentes (entre ellas, la filosofía de Spinoza y Schopenhauer, el emergentismo o la morfología construccional). Por alguna razón, cuando lo leí me recordó el *Eureka* de Poe, un gran libro de prosa poética sobre cosmología que en su tiempo fue ignorado por la comunidad científica. Pero no nos confundamos: el libro de Poe es ahora reivindicado por sus *intuiciones* científicas, y no me cabe duda de que *La rebelión de las formas* es un libro que también inspira grandes «verdades» en el mismo sentido. Lo cual no es poco en los tiempos de hiperespecialización y cortedad de miras que sufrimos.